

*Et tu, Brutus*

J. C. López Rentero

La mancebía de Lulú de Roissy Blanc era la casa de citas más seria, reputada y limpia del Madrid viejo. Así, al menos, es como su dueña vendía el producto a los parroquianos que traspasaban su umbral destocándose, torpes y azorados. A pesar de su edad, Lulú conservaba una belleza serena, ajada sólo por el exceso de maquillaje tras el que protegía sus más vulnerables tesoros: los recuerdos de la joven vivaracha emigrada a Francia que fue una vez y la

añoranza de lo que no fue capaz de alcanzar. No se llamaba Lulú. Ni *de Roissy*, ni *Blanc*. La bautizaron Agustina, Dios sabía por qué. Y, la verdad, bastaba observarla un rato para comprobar que Lulú era un nombre que casaba mucho mejor con sus maneras y gestos.

No es que los vientos soplaran muy favorables a las lúdicas actividades que se practicaban en su casa en aquel invierno de 1954, pero lo cierto es que el negocio florecía. Lulú había derrochado buena parte de su encanto y finas formas para engatusar al comisario de Vagos y Maleantes de su distrito e incorporarlo a su lista de clientes distinguidos. A cambio, el comisario Vargas hacía la vista gorda todo lo posible

en materia de cumplimiento de leyes, ordenanzas y edictos y sus visitas procuraban ser discretas. En los últimos meses acudía a la casa muy de tarde en tarde; sólo cuando había tablao flamenco en el que bailara Carmela Tempestad y cuando Lulú le avisaba de la llegada de nuevas adquisiciones —por lo general jóvenes en situación económica desesperada— que el comisario insistía en catar en exclusiva, e incluso pagando por el servicio.

Aquella noche, temprano aún pero helándose ya la acera bajo la apocada luz de la farola de gas, el comisario Vargas dio cinco aldabonazos —santo y seña para los asiduos— sobre la puerta del burdel de Lulú y se subió las solapas del gabán

mientras esperaba que le abrieran. Dos circunstancias le habían decidido a abandonar la montaña de fichas de delincuentes, pícaros, vendedores sin licencia y demás gallofa que se derramaba sobre su escritorio para acudir a casa de Lulú: había género fresco, según la *madame*; nombre de guerra: Ágata; joven, piel blanquísima, menuda, un encanto. Y, además, tocaba la guitarra el Castoreño y bailaba su gitana predilecta. Hembra inabordable, se lamentaba el comisario. No había manera de ponerla en suerte. La muy condenada.

Precisamente, la sonrisa pícara y racial de Carmela Tempestad lo saludó desde el otro lado del quicio, invitándolo a pasar.

—Buenas noches, señor comisario.

—Buenas noches, morena —se detuvo en el umbral, retorciéndose el bigotito negro, moteado de canas bajo la nariz, y miró a la mujer con gesto serio—. Bailas esta noche, ¿no?

—Digo.

Sonrió Vargas, mostrando satisfecho un incisivo de oro y giró la cabeza en dirección a la acera opuesta. Allí esperaba, paciente y manso, Brutus: una mole de casi dos metros, manos gigantescas y poblado entrecejo que el comisario utilizaba en calidad de guardaespaldas en situaciones como aquélla. Era mudo de nacimiento, pero entendía bastante bien las órdenes y las cumplía con

gusto a cambio de una habitación pagada por el comisario —con puchero caliente y cama limpia incluidos— y algunas monedas para tabaco y licor. Mejor que un perro guardián, pensaba Vargas. Más útil y más barato. A un gesto del comisario, Brutus se le acercó y ambos penetraron en el zaguán, sombrero en mano, dispuestos a disfrutar de una velada agradable. Pero esa noche, la juerga que estaba a punto de desatarse no iba a ser de su agrado.

Al comisario se lo llevaban los demonios. Parapetado tras un humeante veguero de contrabando, trasegaba ya su cuarta copa de anís mientras contemplaba, entre el éxta-

sis y la irritación, el contoneo rítmico de Carmela Tempestad sobre las maderas sucias del tablao. Los muslos tensos y sudorosos de la gitana se adivinaban bajo los vuelos de su falda, en el vaivén de una taranta enérgica. A ratos, cuando se aproximaba al comisario entre revueltas y taconeos, la gitana lo miraba risueña. Unas veces le guiñaba un ojo, zalamera. Otras, para delirio del policía, le susurraba cosas. Va por ti, mi alma, decía. Por mi Varguitas.

Se calzó el anís de un trago y rellenó la copa, furioso ya. Tomó un pañuelo para enjugarse el copioso sudor que le empapaba la frente como si también él estuviera bailando flamenco. Maldita fulana, pensaba. Era una provocadora y parecía

disfrutar excitándolo, a sabiendas de que él poco podía hacer. Salvo retorcerse de placer y dolor al verla bailar. La deseaba, era cierto. Más que a ninguna otra. Porque ésta no se acostaba por dinero con ningún gachó por muy comisario que fuera. Y eso lo mataba. Quería llevársela al huerto por sus propios méritos y sabía que eso no iba a suceder. Era un hombre realista.

El taconeo alcanzó un punto álgido, avivado por el rasgueo de la guitarra y el baile concluyó entre los aplausos del público. Los artistas hicieron una reverencia y la gitana se aseguró de ofrecer al comisario una vista perfecta de su colmado escote. Se acabó, se dijo Vargas. Buscó con la mirada a Brutus, que languidecía

en la última fila de mesas acompañado de media botella de jerez. Ni las putas se le acercaban. Pensó en ir a decirle que espabilara pero, mientras recogía el sombrero y el gabán para levantarse, Lulú se le acercó repartiendo sonrisas por el salón.

—Ágata le está esperando —surró al oído del policía—. La habitación de siempre, señor comisario... Y no se preocupe por la cuenta. Hoy invita la casa.

Mientras Lulú volvía al mostrador, deteniéndose a charlar con unos y otros, el comisario se encaminó directamente a la escalera, sin acordarse ya de Brutus y negándose a mirar por última vez a la gitana. Estaba tan enervado que habría atizado al primero que le chistara. Nunca podré

hacer mía a la gitana, pensó. Pero esta noche voy a resarcirme con la niña nueva. Ella va a pagar por la insolencia de otra mujer.

Aún apretaba los dientes, furibundo, cuando Ágata lo vio entrar en su cuarto.

Matías Colmado vio cómo el hombre con bigote canoso y cara de pocos amigos se perdía escaleras arriba, hacia las habitaciones del lupanar. Hacía rato que lo observaba, sentado en una mesa junto a la pared, en diagonal a la posición del fulano y a tres veladores del mastodonte silencioso con el que había entrado. Consultó su reloj de pulsera y procuró calmarse. Aún no. Estaba

inquieto, no sólo por lo que debía hacer, sino también por el hecho de estar en un antro como aquél. Él era un hombre de provecho, gente de orden, y pasar la noche en un prostíbulo lo incomodaba. Sobre todo estando de servicio. No era tan joven como parecía, tal vez por su pelo negro cortado con esmero y raya perfecta, aunque aún emanaba cierto atractivo. Vestía bien pero sin lujos: los codos y solapas de la americana con más desgaste del deseable y una arrugada gabardina depositada en el respaldo de una silla servían de pistas para calibrar la holgura de su cartera.

Tras rechazar educadamente las proposiciones de dos meretrices — Selena y Púrpura habían dicho lla-

marse— e invitarlas a dos rondas de vermús y a sendos paquetes de cigarrillos para no levantar sospechas, pudo centrarse en su tarea. Que consistía sobre todo en permanecer a la espera. Observando. Calculando el momento justo para actuar. Un paso en falso resultaría fatal.

Podía sentir las ojeadas de preocupación que Lulú le lanzaba desde detrás del mostrador. Comprendía su miedo y su impaciencia. Pero era necesario esperar. Pensaba en pedir un refresco para matar el tiempo cuando oyó el grito. Todos lo escucharon. Procedía de las habitaciones del piso superior. Saltó de la silla como un resorte y se topó con la mueca descompuesta de Lulú, que salía de la barra secándose las deli-

cadras manos con un pañuelo. Por el rabillo del ojo comprobó que Brutus también se había puesto en pie y se retorció, nervioso, las manazas sin saber qué hacer.

—Quédese aquí —ordenó a Lulú, lanzándose escaleras arriba. A mitad de camino tropezó con un escalón y cayó de bruces. Maldiciendo su torpeza, intentó ponerse en pie con rapidez pero el cuerpo desproporcionado de Brutus, que saltaba sobre el suyo en ese momento, se lo impidió. Y desde el suelo, mientras el gigante le pasaba por encima, escuchó un segundo alarido y luego el ruido de algo al romperse contra el suelo.

Entonces ocurrió algo singular. Brutus, completamente fuera de sí,

gruñó emitiendo un ronco gargarismo de protesta y se lanzó contra la puerta de una de las habitaciones, al fondo del pasillo. La madera de la puerta crujió bajo el peso del gigante y el pestillo saltó entre una lluvia de astillas, dejando a la vista la grotesca escena que Matías Colmado se encontró al llegar al cuarto: Brutus fruncía el ceño, los brazos en jarras, a un lado de la puerta; el comisario Vargas, despeinado y sudando, lo miraba con estupor mientras intentaba subirse los pantalones que se le enrollaban en las espinillas; y la chica, Ágata, era un ovillo enmarañado de cabellos en desorden y sábanas revueltas sobre el catre, donde su piel casi tan blanca como la ropa de cama, se veía señalada a tramos

por oscuros verdugones en la espalda, los muslos y las nalgas. Golpes propinados por una correa, dedujo profesionalmente Matías. Pero lo peor fue verle la cara. Al notar la presencia de otras personas, la joven se volvió hacia la puerta entre espasmos, hipando y sorbiendo por la nariz.

—¡Por favor, ayúdenme! ¡Me va a matar! —gritó Ágata y Colmado pudo verle el rostro: el ojo izquierdo casi desaparecido bajo los párpados violáceos e hinchados, la nariz enrojecida y con costras de sangre pegadas a la piel; y la boca abultada por repetidos golpes, con el labio inferior abierto, al menos, por dos sitios.

—Comisario Vargas —empezó a decir Matías.

Pero Vargas no tenía ojos ni oídos para él. Se había vuelto hacia Ágata, encendido de ira.

—¡Cállate, puta! —escupió y le cruzó la cara con la mano abierta.

Y, entonces, Brutus estalló. El ronco rugido de la escalera fue un mero ensayo del que emitió a continuación. Y, como una bestia prehistórica, embistió al comisario Vargas con toda su humanidad estampando al estupefacto policía contra la pared. Aún tuvo arrestos el comisario para reprocharle a Brutus su actitud —¡qué haces, majadero!— antes de que éste comenzara a alternar guantazos a mano abierta con puñetazos, de izquierda y derecha, sobre la cara, el abdomen, los costados. Un golpe

tras otro, a su ritmo, como un picapedrero obstinado.

—¡Basta, Brutus! —se desgañaba Matías Colmado—. ¡Basta, por Dios! No me sirve de nada muerto...

Lentamente, el gigantón pareció acusar el esfuerzo y sus golpes se espaciaron hasta cesar por completo. Jadeando de cansancio, se sentó en la cama junto a Ágata, a la que cubrió con su chaqueta, caballeroso. Ella lo abrazó, refugiándose en su inmenso pecho.

Lulú y Carmela se asomaron a la puerta abierta y Matías Colmado las tranquilizó con un gesto.

—Lulú, esta chica necesita atención sanitaria. Y, usted, señorita —dijo, dirigiéndose a la bailaora— vaya, por favor, a la esquina de la ca-

lle. Unos agentes de uniforme están esperando para entrar.

Luego, mirando de nuevo a Lulú de Roissy Blanc, declaró algo turbado:

—Me temo que el negocio tendrá que cerrar por esta noche.

Acto seguido, se acercó al guñapo que solía ser el comisario Vargas, inmóvil en el mismo sitio en el que Brutus lo había abandonado. Miraba en derredor con ojos vidriosos, un hilo de sangre goteándole por la comisura de la boca.

—Comisario Vargas —le interpelló Matías, adoptando su tono más profesional y aséptico—. Soy Matías Colmado, inspector de la Brigada de Asuntos Internos. Queda detenido por un delito continuado de agresio-

nes a prostitutas y por el asesinato de tres mujeres. Vístase y acompáñeme.

En la escalera se oían ya los pasos apresurados de varias botas. El inspector se asomó a la puerta para comprobar que eran sus hombres. Siguiendo sus órdenes, adecentaron el aspecto del comisario Vargas, lo esposaron y lo condujeron a la salida, camino del furgón policial que habían aparcado frente a la puerta del burdel. Colmado los siguió con la mirada y luego se giró hacia la muchacha que seguía abrazada a Brutus sobre la cama.

—Recupérate pronto, chiquilla —le susurró—. Y búscate otro trabajo; en éste hay mucho malnacido.

Salió de la habitación y se cruzó en la puerta con Lulú, que volvía con vendas, alcohol y linimento. La *madame* lo miró con ojos desbordados de lágrimas contradictorias: unas eran amargas por Ágata y las demás muchachas que habían caído en manos de Vargas alguna vez; otras, sin embargo, respondían al inmenso júbilo de librarse de aquel hijo de Satanás para siempre. O eso esperaba.

Bajó al salón sin mirar atrás y salió a la calle. Le esperaba una noche interminable de interrogatorios y papeleo. Reprimiendo un intenso escalofrío, se puso la gabardina y se metió en el coche. Recordó la mañana, seis meses antes, en que Brutus había aparecido en su despacho con un cuaderno garrapateado a lápiz.

Allí estaba todo. Aquella mañana, Colmado aprendió de primera mano la lección de que un buen policía no debe fiarse nunca de las apariencias. Porque el bueno de Brutus —a primera vista un lerdo que oficiaba de matón y guardaespaldas del comisario Vargas— era, en efecto, mudo. Pero sabía, faltas ortográficas aparte, escribir perfectamente. Y también tenía su corazoncito. Y cuando se hartó de encubrir los delitos de su amo, empezó a redactar con todo lujo de detalles —fechas, nombres y lugares incluidos— las indeseables actividades que se había visto obligado a realizar por encargo del comisario. Como, por ejemplo, enterrar a tres chicas, dos prostitutas y una joven que pedía limosna, que Vargas

había matado a golpes en sus habituales arrebatos de furia. Y es que el comisario, al que llevaban un año investigando en Asuntos Internos, utilizaba su posición social para agenciarse indefensas jóvenes en burdeles, arrabales y otros lugares de mal vivir para dar rienda suelta a su personalidad oculta. La de un sádico homicida que gustaba de violar, pegar y, cuando estaba especialmente trastornado por algo, matar chicas con total impunidad. Pero Lulú primero, que se armó de valor y denunció la desaparición de dos fulanas que trabajaban para ella, y Brutus, después, que se había enamorado de la mendiga que Vargas acabó asesinando, le dieron las claves para po-

nerlo tras la pista del comisario y empapelarlo de por vida.

Sí, iba a ser una noche larga, pensaba Matías Colmado. Pero, probablemente, merecería la pena el esfuerzo.

Arrancó el coche y vio a Lulú y a Brutus en el portal.

—Gracias, inspector —balbució Lulú—. Gracias de corazón.

—No las merezco —dijo Colmado, apuntando el mentón hacia el silencioso gigante—. Déselas a él.